

# Las categorías históricas de E. P. Thompson\*

*Fecha de entrega: 30 de agosto de 2018*  
*Fecha de evaluación: 22 de febrero de 2019*  
*Fecha de aprobación: 10 de junio de 2019*

*Fernando Salazar Silva\*\**  
*Alba Liliana Cuaspud Cáliz\*\*\**

## Resumen

La finalidad del presente artículo es repasar la visión específica del materialismo histórico en la obra de E. P. Thompson. Para esto, se analizará su contribución teórica en torno a dos aspectos: la concepción de la clase como sujeto de la acción política, por un lado, y la formación de dicha clase como resultado de un proceso fundamentalmente histórico, por otro. En este sentido, se considerarán tres esfuerzos por parte del autor: metodológicos (la experiencia), teóricos (la economía moral de la multitud y la lucha de clases) y reflexivos (las nociones en tanto procesos y relaciones).

**Palabras claves:** clase, costumbre, multitud, experiencia, acción política.

---

\* El presente artículo evidencia los intereses principales del profesor Salazar y la estudiante de maestría, en cuanto a procesos de pensamiento económico, clases sociales, entre otros. Los cuales han sido relacionados con la filosofía de algunos autores como Marx y Smith. De esta manera, se reconoce que el artículo desarrolla temas del interés de los autores, como el pensamiento de E. P. Thompson.

Citar como: Salazar Silva, F. y Cuaspud Cáliz, A. L. (2020). Las categorías históricas de E. P. Thompson. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 41(122), 111-128. DOI: <https://doi.org/10.15332/25005375/4524>

\*\* Profesor asociado al Departamento de Economía, Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín. Ph.D en Ciencias Económicas. E-mail: [fsalazar75@hotmail.com](mailto:fsalazar75@hotmail.com); [fsalazars@unal.edu.co](mailto:fsalazars@unal.edu.co)

\*\*\* Estudiante de la Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. E-mail: [lavellaneda15@yahoo.com](mailto:lavellaneda15@yahoo.com); [alcuaspudc@unal.edu.co](mailto:alcuaspudc@unal.edu.co)

## The Historical Categories of E. P. Thompson

---

### Abstract

The purpose of this article is to review the specific vision of historical materialism in the work of E. P. Thompson. To this end, his theoretical contribution will be analyzed with regard to two aspects: on the one hand, the notion of class as a subject of political action, on the other hand, the formation of such class as a result of a fundamentally historical process. In this sense, three “efforts” on the part of the author will be considered: the methodological effort (experience), the theoretical effort (the moral economy of the crowd and class struggle), and the reflective effort (notions as processes and relations).

**Keywords:** class, custom, crowd, experience, political action.

### Introducción

Se está frente a la razón principal de las dificultades con las que tropieza el historiador cuando se considera como uno de los objetivos de su trabajo reconstruir los acontecimientos humanos según los trazos gruesos y los indicios que estos han dejado, así como a partir de las estructuras que aún hoy implican la realidad social, pero, además, con el fundamento de su esfuerzo metodológico.

En este esfuerzo, el investigador de las ciencias sociales afronta el problema de acercarse al mundo concreto a partir de su propio bagaje intelectual. De alguna manera, mundo concreto y bagaje —que responde a concepciones filosóficas, sociales, históricas y antropológicas particulares— junto a la libertad de cada investigador permiten la construcción de teorías con implicaciones en la práctica.

En el caso del historiador marxista e intelectual británico Edward Palmer Thompson (1924-1993), parece oportuno indagar, sólo de manera incipiente, las influencias intelectuales en su forma de concebir la realidad social, y de esta manera, entender los elementos más relevantes en la definición de sus lineamientos históricos; para,

luego, ingresar con mayor amplitud en los conceptos que desarrolló y sus contenidos o descripciones particulares —lucha de clases, economía moral de la multitud— con los que el autor abordó la acción humana.

Es inevitable iniciar la lectura del trabajo de E. P. Thompson sin tener en mente la categoría analítica de clase de Karl Marx (1818-1883). Sin embargo, en la medida en que se profundiza en las reflexiones thompsonianas, se percibe el enfoque histórico-antropológico desde donde están construidas. Así, por ejemplo, el prefacio del libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963) alude a la clase como fenómeno histórico, es decir, contenido de experiencia humana; estas nociones las precisará un poco más en su ensayo “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿Lucha de clases sin clases?” (1978). De igual manera, el ensayo “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII” (1971) inicia llamando la atención sobre las consideraciones reduccionistas de la historia popular, donde el pueblo rara vez es considerado como agente histórico con anterioridad a la Revolución Francesa (Thompson, 1979a, pp. 62-63).

Así, el historiador británico establece una abierta confrontación con la historiografía marxista ortodoxa, que considera la clase como una categoría estática y a la luchas de los grupos humanos como inconscientes y desprovistas de intereses y objetivos claros y propios. Aunque también reconoce que el uso marxista apropiado y mayoritario de clase es el de categoría histórica, incluso cree poder demostrar que es este el uso que le da el mismo Marx en sus escritos más históricos —*El 18 brumario de Luis Bonaparte* (1852) y *La ideología alemana* (1846)—, pero sólo hasta aquí llega con sus consideraciones sobre el filósofo alemán del siglo XIX.

A continuación, y con el fin de establecer las diferencias metodológicas thompsonianas, se llevará más allá la relación y la diferencia entre la categoría analítica de Marx y la categoría histórica de Thompson.

En los *Grundrisse* (1857 [1985]), Marx plantea que:

Parece que lo correcto es arrancar de lo real y lo concreto, comenzar por las premisas reales y, por tanto, en la economía, por ejemplo, comenzar por la población, base y sujeto de toda la producción social. Sin embargo, vista la cosa más a fondo, esto resulta falso. La población es una abstracción, si deo de lado,

por ejemplo, las clases que la forman. Y, a su vez, estas clases son una palabra vacua si no conozco los elementos sobre los que descansan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos forman a su vez y presuponen el cambio, la división del trabajo, los precios, etc. Por ejemplo, el capital no es nada sin el trabajo asalariado, sin el valor, sin el dinero, el precio, etc. (p. 15)

Por su parte, el historiador británico escribe: “La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición” (Thompson, 1989, p. xv). Y esta importancia de la historia puede extenderse a su trabajo en general.

Para Marx, partir de la población o de la historia es el mismo punto, lo real concreto. Pero él no considera toda la población, o la historia, sino sólo aquella que está determinada por las relaciones antagónicas de producción; luego, construye sus categorías económicas (renta, trabajo enajenado, salario, entre otras), elaboradas a partir del método de la abstracción, las cuales le permitirán explicar tales antagonismos; finalmente, el filósofo alemán vuelve a la clase obrera, que es la que da cuerpo a la población, pero en el mundo reconfigurado (Cámara, 2002). En esta exposición esquemática del método de abstracción de la economía política, la clase como noción construida es una categoría analítica que expresa las relaciones antagónicas entre propietarios y no propietarios; y la lucha de clases expresa la expropiación del trabajo social (Salazar y Cuaspud, 2011, pp. 316-328). No puede pasarse por alto que Marx mantuvo una consideración social en relación a la inquietud de qué elementos definían a una clase obrera:

[...] el proceso de producción capitalista, enfocado en conjunto, o como proceso de reproducción, no produce solamente mercancías, no produce solamente plusvalía, sino que produce y reproduce el mismo régimen del capital: de una parte al capitalista, de la otra al obrero asalariado. (1975, p. 487)

A través de un disciplinado trabajo etnográfico aplicado a las fuentes de archivo, Edward Palmer Thompson consideró la población en general al prestar atención a sus condiciones materiales, políticas y culturales. Tal observación etnográfica le mostró la existencia de comportamientos repetidos a lo largo del tiempo hasta conformar tradiciones y el surgimiento de reacciones frente a la dominación y la hegemonía que conformaron luchas y posiciones de clase. Tanto comportamientos como reacciones forman la experiencia, herramienta metodológica para dar cuenta de la expropiación

económica, la represión política y la defensa de las tradiciones, en otras palabras, en el condicionante de la configuración histórica de una clase social:

La “clase” toma realidad cuando algunos hombres, a consecuencia de unas experiencias comunes (heredadas o compartidas), perciben una identidad de intereses y la articulan entre ellos y en contra de otros hombres cuyos intereses son distintos (y generalmente opuestos) a los suyos (Thompson, 1989, p. 10).

Por supuesto, no debe entenderse que Thompson es solo un observador de lo real en contraposición a Marx, lo cual puede conducir a situar al autor como un simple empirista.

Aunque no es objeto de estudio en este artículo, es clara la importancia que Thompson le imprime a la acción humana, en el sentido que a través de ella se posibilita entender que la historia la hacen los hombres; que se debe tener en cuenta a la gente sin privilegios en los estudios históricos y los acontecimientos diarios, y comprender que la historia es incertidumbre. Este panorama no ha sido ajeno a críticas; cabe mencionar la realizada por Perry Anderson (1964), quien no comparte la acción humana como eje central de los modos de conducta, sino que se inclina por la idea de que las formaciones sociales son anteriores al individuo. Atender la conciencia y la acción humana como la consecuencia de las condiciones objetivas y su implicancia en la existencia de la clase no fue de buen recaudo para Thompson, problema que debió resolver mediante la construcción de una noción que permitiese comprender, no de manera mecánica, que los hombres hacen su historia, esa noción fue la experiencia. Se remite a los lectores al texto de Thompson titulado “Las peculiaridades de lo inglés. Y otros ensayos” (2002) con el fin de profundizar sobre la réplica de Thompson a Anderson. Tampoco puede pasarse por alto que Thompson, al juzgar en conjunto los aspectos sociales y políticos de la historia de la gente, revela que la clase, por ejemplo, puede ser entendida como una experiencia y un proceso histórico en lugar de una categoría estática.

## La “economía moral de las multitudes”

La economía moral de la multitud fue concebida en principio por su creador como una herramienta para explicar la Inglaterra del siglo XVIII, y particularmente para dar cuenta de los llamados motines de subsistencia. Sin embargo, dicha expresión tomó características de concepto al permitir investigar las rebeliones campesinas y

los movimientos obreros de siglos distintos al XVIII y en espacios no relacionados con Inglaterra, además de permitir la aproximación a los comportamientos humanos a lo largo del tiempo<sup>1</sup>.

La primera aplicación que Thompson dio a su concepto fue en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963), luego refinó la noción al nivel de reflexión epistemológica en su ensayo "La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII" (1971) para, finalmente, consolidarlo como concepto general en "La economía moral revisada" (1991) (Aguirre Rojas, 2010).

En *La formación de la clase obrera en Inglaterra* sólo utilizó el término economía moral que, por lo general, contrapuso a una economía de mercado a fin de definir la primera, y además destacar el momento de ruptura y de transformación que se dio en el siglo XVIII inglés; es decir, de las formas tradicionales o antiguas del trabajo y de los aspectos sociales y culturales. Así, en la economía moral los individuos desarrollaron una conciencia de consumidores y adquirió gran importancia el coste del pan, los precios se regulaban por la costumbre o gracias al regateo cara a cara que se realizaba en los mercados al aire libre. Las leyes de la oferta y la demanda, que dictaminaban las alzas en los precios frente a la escasez, no eran aceptadas por la mentalidad popular, como tampoco lo eran las negociaciones por fuera del mercado ni la despersonalización de las relaciones económicas.

---

1 El profesor Carlos Antonio Aguirre Rojas, en *Economía moral de la multitud. Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo*, ilustra algunos de los trabajos que usan la economía moral de la multitud como herramienta analítica para explicar procesos en países como México, Costa Rica, Nicaragua, Bolivia, también Irlanda, Nigeria, la misma Inglaterra y la India. Por su parte, E. P. Thompson en su ensayo "La economía moral revisada" hace alusión, en sucesivas notas al pie de página, a innumerables casos de aplicación de su concepto; de hecho, a lo largo de todo el texto hace permanentes correcciones a los trabajos que han criticado su ensayo desde hipótesis o suposiciones equivocadas; a la vez, señala los puntos y los avances que han coincidido con las intenciones primigenias de la economía moral de la multitud y aquellos que han sorprendido gratamente al autor al llevar sus desarrollos y aplicaciones a límites insospechados. En este mismo sentido, anotamos la particularidad del ensayo del autor británico sobre la encerrada inglesa, "*Rough music*, La encerrada inglesa", publicado en 1972, un año después de "La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII". Podría decirse que aquel artículo es otra versión de la construcción de la economía moral de la multitud, aplicada ya no a los motines de subsistencia, sino a la encerrada. En la reedición de "La Encerrada" en 1991, su autor hace notorias las dimensiones conceptualmente universales que ha tomado la economía moral de la multitud, también las precisiones históricas que eran necesarias y los veinte años de trabajo continuo, sin contar el tiempo dedicado a *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Ver detalle de estas ediciones en el apartado de referencias).

Por su parte, las autoridades civiles y judiciales también tuvieron parte en la vieja economía moral que se oponía al *laissez faire*. Persiguieron a los intermediarios, estrecharon los controles sobre los mercados y denunciaron las compras de grano que se hacían en los campos y en los mercados, frente a los salarios implementaron políticas subvencionistas que compensaron las alzas del precio del pan.

En el ensayo “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo xviii”, Thompson desarrolló esta contraposición de economías. De acuerdo con *La riqueza de las naciones* (1776) de Adam Smith (1723-1790), en una economía de mercado el Estado y los prejuicios populares son considerados como interferencias a la actividad natural y autorregulable. Sin embargo, esta economía, como la economía moral de las autoridades —economía moral paternalista— funcionan más bien como supersticiones, en el sentido que no se dispone de verificación empírica para ninguna de las dos. Es de considerar que Thompson (1979) no pasa por alto los aportes a la economía política anteriores a Adam Smith, *quien gracias a su gran conciencia de sí mismo no reseñó obras como la de Charles Smith, Three Tracts on the Corn-trade and Corn-laws*, 1758-1759, la cual apuntaba a demoler las viejas regulaciones paternalistas de mercado; ni los debates producidos entre 1767 y 1772 que llevaron a la revocación de la legislación contra el acaparamiento [el énfasis es nuestro] (Thompson, 1979a, p. 78).

Sin embargo, no debe entenderse que la economía moral de la multitud sea una forma particular de la economía, advierte Carlos Antonio Aguirre Rojas (1955–). Una noción así de limitada ignoraría el espíritu general de la obra thompsoniana, comprometida con una causa política clara y radicalmente asumida; dejaría de lado la centralidad de la lucha de clases, el conflicto social y las confrontaciones entre los grupos dominantes y explotadores y las clases sometidas y explotadas. No permitiría entender las premisas y funcionamiento de la protesta social y política que constituyen los motines populares de subsistencia; no prestaría atención a los fenómenos culturales ni a la dimensión de la moral; y, finalmente, no sería posible derivar y proyectar el concepto hacia las sociedades de los siglos xix, xx y xxi (Aguirre Rojas, 2010, pp. 11-12).

Hasta aquí, un paneo general de la economía moral de la multitud, pero la atención a cada término del concepto permite comprender las implicaciones del mismo. El primer término, *economía*, suele prestarse a interpretaciones erróneas al tener en cuenta planteamientos aislados, por ejemplo: “la economía de los pobres era todavía

local y regional, derivada de una economía de subsistencia” (Thompson, 1979b, p. 44). La “economía” de nuestro autor va más allá, en el sentido que hace referencia a una estructura subyacente: fuerzas muy poderosas, autoactivantes, de regulación social y moral (Thompson, 1979b, p. 44), que Aguirre (2010) especificará así: un conjunto estructurado de mecanismos para la regulación —y la autorregulación— del uso de los recursos disponibles, sea de la psique de los individuos, de los símbolos o de una comunidad, o del ejercicio del poder por parte de un Estado o un grupo social determinado (p. 16). Es decir, no se limita a las relaciones económicas determinadas por el análisis y la distribución de la riqueza o por el mundo de la producción y el trabajo; esta economía moral contempla tanto las relaciones objetivas como las subjetivas.

En este marco, la subsistencia adquiere otra perspectiva, una referente a la defensa de las prácticas antiguas, de los derechos al común y de los emolumentos establecidos por la costumbre (Thompson, 1979b, p. 40). Los mayores conflictos estudiados por nuestro marxista inglés versaron sobre temas que no se englobaron sólo en el coste de la vida; todo lo contrario, los sentimientos más profundos y radicales afloraron cuando estaban en litigio valores como las costumbres tradicionales, justicia, independencia, seguridad o economía familiar, más que los simples temas de “pan y mantequilla” (Thompson, 1989, p. 212). De igual modo sucede con la explotación: la expropiación de derechos de aprovechamiento tradicionales, o disrupción violenta de modelos valorados de trabajo y descanso. La subsistencia y la explotación, firmemente enraizadas en las condiciones materiales de la existencia y en las relaciones sociales de producción, se informan así, de la experiencia vivida particular de “los de abajo” (Thompson, 1979, p. 45). A Thompson le interesó optar por un marco subjetivista desde la perspectiva de los dominados. Ahora bien, el autor no desconoció que los dominados deben estar en relación con la contraparte para que resulten comprensibles. El profesor W. J. Kaye (1989) llama a la atención en que la expresión “historia de los de abajo” no es lo mismo que “historia desde abajo”, de tal manera que sugirió el cambio de la segunda expresión por historia “de abajo a arriba”.

En cuanto al término *moral*, de la economía moral de la multitud, Aguirre nuevamente señala los malos entendidos sujetos a las nociones de una economía moral contrapuesta a una economía de mercado. Mientras que la primera invoca una norma moral —lo que deben ser las obligaciones recíprocas de los hombres—, la segunda parece decir: “este es el modo en que las cosas actúan, o actuarían si el Estado no interfiriese” (Thompson, 1979a, p. 81). Es decir, la economía moral es, otra vez, una economía

singular en la que rige el componente moral, y la economía de mercado se caracteriza por la ausencia de tal componente.

La economía moral plantea la existencia de unos principios morales que discriminan lo correcto de lo incorrecto e inaceptable, pero esto lo desarrolla toda moral en sus análisis ontológicos. Entonces, la ampliación del historiador británico consiste en asentar las disposiciones morales en el ambiente lentamente diferenciador de la costumbre: las personas tienden a legitimar sus acciones en el marco del uso consuetudinario o del derecho prescriptivo (Thompson, 1979b, p. 43). Así, la idea de lo legítimo y lo ilegítimo está asociada a las condiciones materiales, históricas y culturales; es decir, construida en el trasegar de las experiencias de cada grupo humano, en el pasado inmediato y en el de siglos atrás<sup>2</sup>.

Por otro lado, lo que cabe en lo legítimo no concuerda siempre con lo legal. Las relaciones de las actitudes populares frente al delito estaban reguladas por un código no escrito, que casi siempre fue muy diferente a la ley, pero que incluso las autoridades lo sobrentendían. El investigador británico encuentra que las divergencias entre código legal y código popular no escrito son comunes a cualquier época; pero que pocas veces los dos códigos se han diferenciado más agudamente el uno del otro que en la segunda mitad del siglo XVIII (Thompson, 1989, p. 51).

Volviendo al punto de la costumbre, Thompson rescató la importancia y la centralidad de la dimensión cultural de las sociedades humanas; trató y analizó fenómenos y realidades de la cultura popular: tradición, costumbre, conciencia popular, valores morales, sentimientos y vida cotidiana de los grupos plebeyos como soporte general y fuente nutricia de la economía moral de la multitud (Aguirre Rojas, 2010, pp. 13-18). Así mismo, estableció la existencia de un espacio donde confluían la cultura alta y la cultura popular, regulado por aquel código no escrito, producto de un intrincado tejido de legislación y costumbre, y originado en la polarización de intereses antagónicos y su correspondiente dialéctica de la cultura (Thompson, 1979b, p. 39).

---

2 Los primeros capítulos de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* tratan precisamente, con un gran despliegue etnográfico, sobre las tradiciones de que se han servido y han construido los ingleses para reivindicar sus luchas, ya sea en momentos de conflicto abierto o en el de las vivencias día tras día a lo largo del tiempo.

E. P. Thompson arguyó que no era posible entender la cultura popular en su nivel experimental (resistencia a la religión, mofa de la burguesía, fácil recurso al desorden, actitud irónica hacia la ley) sin recurrir al concepto de antagonismo, de adaptación, e incluso de reconciliaciones dialécticas de clase. Término que más adelante se tratará, pero que por ahora se indica que no es la clase, ni la lucha de clases, del siglo XIX. En la polaridad dialéctica entre cultura refinada y cultura popular cada una estaba alimentada por experiencias distintas —la hegemonía secular y la tradición, respectivamente—, pero la dialéctica era lo que determinaba, por ejemplo, la frecuencia de las protestas sociales y fijaba los límites de lo posible, más allá de los cuales no se atrevía a ir el poder: la liberalidad y la caridad deben verse como actos premeditados de apaciguamiento de clase en momentos de escasez y extorsión premeditada (bajo la amenaza de motín) por parte de la multitud. Lo que es (desde arriba) un “acto de concesión”, es (desde abajo) un “acto de lograr” (Thompson, 1979b, p. 40).

En esta cita también se explicita que el *desde abajo* hace alusión a la *multitud* de la economía moral de la multitud. En *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, su autor usa el término *lo inarticulado* —que sin embargo había podido conservar sus valores tradicionales, superando las presiones de la *gentry* (terrateniente), la aristocracia y la Iglesia— para dar cuenta de los pobres, los sin propiedad, la gente, los pecadores, los de bajos fondos, los de abajo, los explotados, los oprimidos, la plebe y la muchedumbre. Entonces, las acciones directas preindustriales cuentan con una mezcla de muchedumbre manipulada y multitud revolucionaria, una multitud en un punto intermedio en el proceso de emergencia de la conciencia política popular (Thompson, 1989, p. 50).

Pero hubo otra forma de acción directa de los mismos sin propiedad, muchedumbre o multitud, reconocible sobre todo en los motines del pan o de la subsistencia, la cual se fundamentaba en legitimidades populares, definitivamente articuladas, con objetivos claros y sancionadas por los principios de su economía moral más antigua (Thompson, 1989, p. 54). Los hombres y mujeres sublevados defendían un derecho y unas costumbres tradicionales, tenían una noción del bien público categórica y apasionadamente sostenida. Por lo que sus acciones directas no consistieron en saqueos, sino en el establecimiento de precios; y, aunque, en ocasiones se dio la destrucción de propiedad, fue como castigo a las faltas cometidas contra lo que tradicionalmente se tenía determinado como función social de los distintos sectores económicos dentro de la comunidad. En este contexto, dichas acciones directas de la multitud no pueden ser contenidas en la palabra *motín*, tal término resulta impreciso para describir los

movimientos populares; pues, hemos estado examinando un modelo de protesta social que se deriva de un consenso con respecto a la economía moral del bienestar público en tiempos de escasez (Thompson, 1979, p. 100).

Pero que esta afirmación no se entienda en el sentido que el concepto de la economía moral de la multitud fue construido para dar cuenta sólo de los motines de subsistencia como una forma de protesta social. Estos representan momentos de ruptura en esa polaridad dialéctica de la cultura; es decir, en términos de la costumbre y de la relación política, son un resquebrajamiento de la delicada tensión entre fuerzas sociales antagónicas determinadas por su posición en las relaciones de producción. Sin embargo, por sí mismos no son explicables, ni mucho menos permiten comprender la vida de los ingleses nacidos libres en el siglo XVIII, de las multitudes que transcurría entre una revuelta y otra.

Por ello, a Thompson le preocupa la relación entre la *gentry* y la multitud. Relación que en principio caracterizó como recíproca, para referirse específicamente a la correspondencia de acciones entre gobernantes y gobernados; pero que, poco a poco, fue desarrollando un especial equilibrio estructural de fuerzas que no puede, después de todo, ser analizado sin recurrir al concepto de clase (Thompson, 1989, p. 32); y más exactamente, a lo que la precede según sus planteamientos, la lucha de clases.

## La clase y la “lucha de clases”

El estudio de la clase, según Edward Palmer Thompson, debe hacerse considerándola como proceso y como relación. Como proceso activo comienza en la acción humana puesta en lo real y concreto; dicho de otra manera, la clase —obrera— asistió a su propia formación. Como relación, no como objeto, también está encarnada en gente real y en un contexto real, y está determinada por los encuentros entre los hombres que llegan a identificar o contraponer intereses<sup>3</sup>.

---

3 Desde este punto puede observarse la crítica a la ortodoxia marxista, que creía que la clase obrera era la creación, más o menos espontánea, de las nuevas fuerzas productivas y relaciones de producción: la energía del vapor y la fábrica de algodoneros es igual a la nueva clase obrera. Se veía a los instrumentos físicos de la producción dando lugar, de forma directa y más o menos compulsiva, a nuevas relaciones sociales, institucionales y formas culturales. Y por otro lado, la crítica al positivismo, el cual explicaba la aparición de la clase obrera a través de una fuerza externa —la Revolución Industrial— que operó sobre alguna materia prima de la humanidad, indeterminada y uniforme, y la transformó, finalmente, en una “nueva estirpe de seres” (Thompson, 1989, p. 203).

En este sentido, la clase no es entendible sin sus aspectos colectivo e histórico. Hace referencia tanto al actuar consiente y deliberado que dirige al grupo hacia el cambio de la realidad, como al que no es consciente y determinado; y, por otro lado, la comprende como formación social y cultural, que surge de procesos que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un periodo histórico considerable (Thompson, 1989, p. xvi).

De esto modo, no cabe duda que el interés particular del historiador británico está en cómo se piensa la constitución de las estructuras: cómo los individuos llegaron a una formación de clase y cómo la organización social, con sus tradiciones en lo económico, político y cultural, llegó a existir. Advierte que no ve la clase como una estructura, cuestión que aclara la historiadora marxista Ellen Meiksins Wood (1998), quien insiste en que Thompson no parte de una dualidad teórica que contraponen tal estructura a la historia. De ser así, la explicación estructural de la clase, por un lado, se centraría en las relaciones objetivas —sólo de producción— y estáticas —deteniendo el proceso fluido de la historia en un momento determinado—; y la comprensión histórica de la clase, por otro lado, sólo sería una explicación empírica y descriptiva del proceso de su formación. En lugar de esto, Thompson toma en serio los principios del materialismo histórico y su concepción de los procesos históricos materialmente estructurados (Meiksins, 2000, p. 96).

Thompson reconoce la importancia de las fuerzas materiales de producción en la sociedad; hace explícito que los hombres en la subsistencia entran en ciertas relaciones de producción que son necesarias e independientes de su voluntad y que corresponden al estadio actual del desarrollo de las fuerzas materiales de producción. Posición que, sumada a la insistencia en el análisis histórico de la clase, el cual está puesto en el estudio de la población o de lo real concreto, da como resultado la observación de las estructuras también como procesos que sólo son en el tiempo y en relación a los sujetos que las viven. En este sentido, ubica las relaciones de producción al acaecer de las vidas de los hombres y las mujeres, quienes, atravesados por unas expectativas heredadas, experimentan sus situaciones determinantes al interior del conjunto de relaciones sociales y modelan las experiencias en formas culturales; esto es, la formación de la clase:

---

Permitase en este contexto crítico poner en consideración además, las concepciones de la historiografía que explicaban los motines de subsistencia en términos de rebeliones del estómago o de revuelta espasmódica como respuestas a los estímulos económicos; ante este precedente es que se erige la economía moral de la multitud (Thompson, 1979, pp. 63-65).

Por clase, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno histórico. No veo la clase como una “estructura”, ni siquiera como una “categoría”, sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas. (Thompson, 1989, p. XIII)

Este es el razonamiento que lleva al investigador inglés a una teoría de la clase en la que, metodológicamente, convergen la experiencia y la conciencia de clase, sin que ello signifique el reproche de la perspectiva materialista<sup>4</sup>; en tanto que, en el plano conceptual, la clase emerge de realidades humanas dinámicas en el horizonte temporal. Así, la historia y la teoría están en permanente interacción. Desde esta perspectiva, se puede entender el distanciamiento de E. P. Thompson con la tensión entre estructura y superestructura empleada por marxistas ortodoxos. El acudir a las *normas culturalmente impuestas y necesidades culturalmente formadas*, llamó la atención sobre el problema que se origina en la explicación del encuentro entre los hombres a partir del determinismo económico. Ahora, esto no significa que la experiencia y la conciencia no estén influenciadas por las relaciones sociales de producción.

En ningún momento Thompson dudó sobre este aspecto de su propio esfuerzo, por lo que no escatimó energías en el esclarecimiento de la experiencia, su relación con la conciencia y su papel en la definición de la clase:

La clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos) a los suyos. La experiencia

4 “Según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurdo. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta —las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante..., las formas jurídicas..., las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas— ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su forma”. (Marx y Engels, 1955, p. 520)

de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. (Thompson, 1989, p. xiv)

Es importante reiterar que la clase thompsoniana no es una categoría analítica ni una estructura, sino que se hace visible en el proceso social real; es así, una dimensión práctica y una investigación histórica. Es decir, la explicación se construye a partir de un conjunto de expresiones concretas que transcurren en el tiempo y definen la clase como un fenómeno histórico, y no exclusivamente una formación económica.

Una dificultad con la que tropieza la interpretación estructuralista y funcionalistas de clase radica en que inevitablemente se deduce de la posición objetiva en la estructura social el carácter subjetivista e historicista en el que los hombres han logrado verse ellos mismos como clase. Si bien es cierto esto, el profesor Cohen (1986) señala que hay una imprecisión por parte de Thompson al considerar que a partir de esta idea no se puede definir la clase.

En cuanto a los fenómenos concretos, se refiere en específico a las relaciones de explotación, el antagonismo y la lucha; elementos que resultan significativos en el proceso de formación de clase (Meiksins, 1983). En este punto, se hace necesario enunciar dos aspectos. El primero, que la clase como relación involucra dos direcciones: entre clases y al interior de la misma clase; pues el antagonismo entre clases no resulta suficiente para concretar la clase, se debe acudir a las relaciones internas<sup>5</sup>. El segundo aspecto es que la lucha antecede a la clase; es decir, que la clase no puede entenderse sin la lucha de clases, este concepto es previo a la clase y mucho más universal:

Las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagonicos, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la

---

5 Mismas referidas como la autorregulación en la propia economía moral de la multitud.

conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras fases del proceso real histórico. (Thompson, 1979, p. 37)

Para los dos enunciados no resulta extraño, entonces, que las relaciones de producción no ayuden a precisar el tema: si la clase va más allá del proceso de producción y de apropiación del trabajo, se debe introducir el recurso metodológico de la experiencia como demostración teórica de las presiones estructurales.

Entre presiones estructurales (explotación, represión y resquebrajamiento de las tradiciones) y experiencia (las formas culturales que las gentes dan a las presiones estructurales, sea como adaptación, resistencias o acciones directas) hombres y mujeres hacen su lucha y van identificando intereses comunes y contrarios<sup>6</sup>, pues sus acciones, en un entorno socializado, no pueden excluir la comprensión de las intenciones de los demás. En este sumario, el tiempo juega un papel esencial, los comportamientos y luchas se repiten, van cambiando, conforman una conciencia de su posición frente a los medios de producción y al embate hegemónico<sup>7</sup>.

Cabe insistir en que la intencionalidad de la experiencia está orientada continuamente a advertir las implicaciones de la explotación, la represión y el resquebrajamiento de las tradiciones. Con esto, el investigador podrá detenerse en lo que influye y es influido, apoyándose en las prácticas de resistencia siempre inscritas en el tiempo.

---

6 Vale recordar, en este punto, el distanciamiento que asume Thompson de la nueva izquierda, pues creyó ver en ella la intención de atribuirle a la clase una especie de identidad ideal basado en caracteres antropomórficos. Por ello insiste en que "Las formaciones de clase surgen en el cruce de la determinación y la propia actividad: la clase obrera se formó a sí misma en idéntica medida que fue formada" (Thompson, 1981, p. 298).

7 La siguiente cita ilustra la importancia de la formación de la clase: "Sin embargo, cuando se han tomado todas las precauciones oportunas, el hecho destacable del período comprendido entre 1790 y 1830 es la formación de 'la clase obrera'. Esto se revela, primero, en el desarrollo de la conciencia de clase; la conciencia de una identidad de intereses a la vez entre todos esos grupos diversos de población trabajadora y contra los intereses de otras clases. Y, en segundo lugar, en el desarrollo de las formas correspondientes de organización política y laboral. [...] La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril" (Thompson, 1989, p. 471).

## Conclusiones

De lo expuesto anteriormente, se desprende que para Edward Palmer Thompson es de gran relevancia la formación de las clases; sus esfuerzos metodológicos (la experiencia), teóricos (la economía moral de la multitud y la lucha de clases) y reflexivos (las nociones en tanto procesos y relaciones), además de tener en cuenta el tiempo, se centran en la vida de hombres y mujeres que transcurre entre los mal llamados hitos, o entre revoluciones, y en las formas que ellos dieron a las presiones estructurales. En contraposición a la visión lineal con la que se aborda en la actualidad a la sociedad, la obra del autor invita a reconocer que la complejidad social se asienta en la lucha de los individuos por mantener los medios de vida y transformar las condiciones de su existencia. Precisamente esta lucha es lo que da sentido a la acción humana.

Las referencias de Thompson a la acción humana estimulan a estudiar los hechos sociales por ellos mismos, sugieren volver la mirada a los estudios que implican desequilibrios sociales, de tal manera que no se descuide que la concurrencia de los individuos solo es posible sobre una base real. Tanto el libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra* como el ensayo “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII” emplean la aparición de la nueva economía política y las protestas sociales, respectivamente, no como ejes temáticos, sino casi como delimitadores y marcadores en el tiempo y en los procesos, en algunos casos; o como contrapuntos para apoyar el despliegue de los cambios de las relaciones sociales y del mismo ser social, en otros casos. Por ello, la comprensión de la experiencia resulta clave en la obra de Thompson; en esta se conjugan las condiciones materiales, la resistencia y confrontación a la represión política y la defensa de las tradiciones. Alrededor de este esfuerzo metodológico, interpretable en clave cultural, es que puede entenderse su aproximación conceptual, representada en la economía moral de la multitud y la lucha de clases, sin que esto desvanezca la importancia de la historia en la obra del autor.

En este orden de ideas, el trabajo etnográfico y la experiencia permiten al historiador británico abrir el abanico a las demás expresiones humanas, no sólo las de la producción, para encontrarse con que es la lucha de clases —y la conciencia de clase— ahora informada de historia, la que da origen a la clase. En este contexto, la economía moral de la multitud, otro concepto histórico, funciona, por un lado, como el reconocimiento y defensa de una conciencia de clase preindustrial ya existente, o conciencia plebeya, refractada por las nuevas experiencias de existencia social (aquellas que vienen con la

nueva economía política) pero que son experiencias que la gente maneja en términos culturales. Por otro lado, actúa como marco de la lucha de clases, manifiesto en la forma en que las multitudes interiorizan y expresan sus vivencias en el terreno del trabajo y la subsistencia, tanto material como cultural.

## Referencias

- Aguirre Rojas, C. A. (2010). *Economía moral de la multitud. Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado de: [http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos\\_final/424trabajo.pdf](http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/424trabajo.pdf)
- Anderson, P. (1964). Origins of the Present Crisis. *New Left Review*, 23.
- Assusa, G., y Michelli, A. A. (2012). Resistencia, moralidad y clase. Elementos para pensar lo popular desde E. P. Thompson. *Question 1*(33), 1-14.
- Cámara, S. (2002). ¿Hay un método de Marx de la economía política? *Laberinto*, 9, 1-20. Recuperado de: [http://laberinto.uma.es/index.php?option=com\\_content&view=article&id=143:ihay-un-metodo-de-marx-de-la-economia-politica&catid=43:lab9&Itemid=54](http://laberinto.uma.es/index.php?option=com_content&view=article&id=143:ihay-un-metodo-de-marx-de-la-economia-politica&catid=43:lab9&Itemid=54)
- Camarero, H. (2009). Las concepciones de E. P. Thompson acerca de las clases sociales y la conciencia de clase en la historia. *Espacios de crítica y producción*, 40, 136-142. Recuperado de: <http://es.scribd.com/doc/147809526/Hernan-Camarero-Las-concepciones-de-E-P-Thompson-acerca-de-las-clases-sociales-y-la-conciencia-de-clase-en-la-historia>
- Cohen, G. A. (1986). *La teoría de la historia de Karl Marx*. Una defensa. Madrid: Siglo XXI.
- Kaye, H. J. (1989). Edward Palmer Thompson. En H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Zaragoza: Prentice-Hall.
- Marx, K. (1857/1985). *Grundrisse. Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política, 1857-1858*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (1975). *El Capital*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Meiksins, W. E. (1983). El concepto de clase en E. P Thompson. *Cuadernos Políticos*, 36, 87-105.
- Meiksins, W. E. (2000). *Democracia contra capitalismo*. México, Siglo XXI.
- Salazar Silva, F, y Cuaspud, A. L. (2011). Del antagonismo a la lucha de clases. *Anuario del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica* [2011], 316-328.
- Thompson, E. P. (1979a). La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII. En *Tradicón, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial* (pp. 62-134). Barcelona: Editorial Crítica.
- Thompson, E. P. (1979b). La sociedad Inglesa del siglo XVIII: ¿Lucha de clases sin clases? En *Tradicón, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial* (pp. 13-61). Barcelona: Editorial Crítica.
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Tomo 1. Barcelona: Editorial Crítica.
- Thompson, E. P. (1994). *Rough Music*, La cerrada inglesa. En *Historia social y antropología* (pp. 18-54). México D. F.: Instituto Mora.
- Thompson, E. P. (1995a). La cerrada. En *Costumbres en Común* (pp. 520-594). Barcelona: Editorial Crítica.
- Thompson, E. P. (1995b). La economía moral revisada. En *Costumbres en Común* (pp. 294-394). Barcelona: Editorial Crítica.

